

Homilía Mons. García Cuerva
Domingo XXXII Tiempo Ordinario
Solemnidad de San Martín de Tours.
12 de noviembre de 2023. Catedral Metropolitana

En el Evangelio de hoy, Jesús nos relata esta parábola de diez jóvenes, cinco de ellas necias, cinco prudentes.

El necio sabemos que es la persona que es terca, que se cree dueño de la verdad y que cree que por los mismos caminos va a obtener resultados distintos. Es el que insiste una y mil veces y podríamos llamarlo casi el cabeza dura.

El prudente es el que se anima por lo menos a pensar que hay que cambiar y que hay que cambiar porque si sigo haciendo lo mismo seguramente las cosas no me van a salir bien. Por eso el prudente se detiene, el prudente piensa, el prudente reflexiona y el prudente es capaz incluso de aceptar elegir otros caminos escuchando la voz de otros.

Aquí tenemos cinco de estas jóvenes cabeza dura, necias, y estas otras cinco prudentes que sabiendo que podía no alcanzarles el aceite prevén de tener aceite desde el comienzo.

Yo quería compartir con ustedes que en un momento estas jóvenes, las necias, dicen: “se nos apagan las lámparas”. Llevaban lámparas con aceite y en un momento dicen: “se nos apagan las lámparas”. Y pensaba en nosotros, cuántas veces sentimos que un poco se nos apaga la vida, se nos apaga la alegría, se nos apaga la esperanza, se nos apagan las ganas de seguir, sentimos que vivimos malas rachas, momentos en los que sentimos que todo se nos viene abajo.

Y por eso quería compartir con ustedes un pensamiento de Eduardo Galeano, un escritor uruguayo, que, en El libro de Los Abrazos, justamente hablando de la mala racha, dice así: “mientras dura la mala racha pierdo todo, se me caen las cosas de los bolsillos y de la memoria. Pierdo llaves, lapiceras, dinero, documentos, nombres, caras y palabras. Yo no sé si será gualicho de alguien que me quiere mal y me piensa peor, o por pura casualidad, pero a veces el bajón demora demasiado en irse y yo ando de pérdida en pérdida, pierdo lo que encuentro, no encuentro lo que busco y siento mucho miedo de que se me caiga la vida en alguna distracción”.

Las palabras de Galeano podríamos decir que son similares a las de estas mujeres que dicen: “se nos apagan las lámparas” y a ellas se les apagan las lámparas porque se les acaba el aceite. Y yo hoy quería compartir con ustedes que a veces el problema es que en nuestra vida lo que tenemos es un aceite, pero es un aceite rancio.

El aceite rancio es el aceite viejo, es el aceite que incluso es tóxico. Si las lámparas fueran nuestra vida, a veces lo que tenemos es un aceite tóxico porque, por ejemplo, queremos iluminarnos con las broncas y los rencores acumulados y ese aceite nos va a apagar la lámpara.

A veces lo que tenemos es el aceite de la tristeza y ese también es un aceite tóxico, es un aceite rancio que nos va a ir apagando la vida, porque nos apaga la alegría.

A veces lo que tenemos es el aceite tóxico del miedo. En este tiempo cuidado con las campañas del miedo porque eso también nos apaga la vida. Eso también nos va sacando las ganas.

Por eso creo que hoy estaría lindo que cada uno de nosotros piense que la propia vida es como si fuera una lámpara.

¿Será que se me está apagando la vida? ¿Será que acaso el aceite que ilumina mi vida es este aceite tóxico y rancio de la bronca, del rencor, el aceite rancio que puede ser de la tristeza o del miedo que nos quieren meter?

Que no se nos apague la vida y por eso entonces hoy pidámosle con fuerza a Jesús el mejor aceite y el mejor aceite es el encuentro con Jesús.

Que cada uno de nosotros pueda alimentar el encuentro con Cristo, alimentar la alegría, alimentar la esperanza, cargar mi vida de entusiasmo. Que no se me apague la vida, pero eso sale desde adentro.

Por eso al final las jóvenes prudentes no les dan aceite cuando las otras le piden prestado. Y uno podría decir, sí, muy prudentes pero muy egoístas también.

¿Por qué no le prestan aceite? Es que ¿saben qué? Aquí hay una enseñanza del Evangelio.

No podemos iluminar la vida con alegría prestada. No podemos iluminar mi vida con esperanza prestada. No podemos iluminar mi vida con experiencias y encuentros con Jesús prestados o de otros. La luz tiene que salir desde adentro de mi alma y de mi corazón.

Por eso les pido que cada uno imagine su vida como una lámpara. ¿Acaso se me está apagando la vida? Y entonces revisar si lo que tengo dentro no es aceite rancio. Yo di tres, pero puede haber muchos más. Del rencor, de la tristeza o de los miedos que nos quieren meter. Y pedirle a Dios con fuerza que me regale el mejor aceite para que mi vida brille, como dice la primera lectura.

Celebramos hoy a San Martín de Tours.

Qué impresionante habrá sido su vida. Que más de 1700 años después nos sigue iluminando. Evidentemente era una lámpara bien encendida. Evidentemente en el corazón de San Martín de Tours estaba el mejor aceite. El mejor aceite que era el encuentro con Jesús. Con ese Jesús que él se lo encontró en los más pobres. Por eso todos conocemos aquella anécdota de San Martín de Tours encontrándose con alguien muy pobre y compartiendo su propia capa para abrigar al desnudo que resultó que no era ni más ni menos que el mismo Jesús.

La lámpara de la vida de San Martín de Tours se iluminó con el aceite del compromiso. Con el aceite del amor al prójimo. Con el aceite de la opción por los pobres. Y 1700 años después nos sigue iluminando.

Que ojalá que nuestra vida también se ilumine y se cargue del mejor aceite para que dentro de muchos años nuestra historia, nuestro testimonio, nuestra entrega siga iluminando a muchos como hoy nos ilumina la vida de San Martín de Tours. Amén.